

ARZOBISPO
Ricardo Blázquez Pérez

Homilía

JORNADA DE AYUNO Y ORACIÓN POR LA PAZ EN SIRIA

Vigilia de oración por la paz

7 de septiembre de 2013

El domingo 1-9-2013, el papa Francisco anunció una Jornada de ayuno y oración por la paz en Siria, a celebrar el 7-9-2013. El mismo Papa presidirá una Vigilia de oración en la plaza de San Pedro en Roma, desde las 7 de la tarde hasta las 12 de la noche.

Nosotros nos unimos cordialmente a su invitación y a sus intenciones; es una iniciativa de un padre que tiene en su corazón los sufrimientos y el futuro del pueblo sirio. Una intervención militar en Siria tendrá repercusión en la humanidad entera. La llamada del Papa no minusvalora la gravedad de la situación: más de 110 000 muertos, más de dos millones de refugiados fuera del país, más de cuatro millones de desplazados dentro del país, un millón de niños en campos de refugiados, y, además, la utilización de armas químicas, que reviste una singular gravedad en los convenios internacionales. No es desconocimiento ni escasa estimación de la situación, que ya dura años, sino decidir la actuación más adecuada: no dan la respuesta las armas, sino el diálogo y la negociación entre todas las partes implicadas, ya que se unen varias guerras en una sola, incluidos dos grupos terroristas contrapuestos. La desproporción de la respuesta, en lugar de remediar la enfermedad, puede agravarla. Siria, y en general Oriente Medio, es un auténtico avispero humano, donde se dan cita odios, violencias y venganzas; la respuesta bélica puede ser un incendio que sabremos aproximadamente dónde empieza, pero no sospecharemos dónde puede terminar.

La paz se asienta sobre los pilares de la verdad, la justicia, la solidaridad —amor cristiano— y la libertad, como enseñó Juan XXIII en la Encíclica *Pacem in Terris* (11-4-1963), cuyo 50.º Aniversario hemos recordado hace poco. Dios es la fuente de la paz, ya que se define a sí mismo como "Dios de paz" (cf. 1Ts 5,23; 2Ts 3,16); del corazón renovado por su Espíritu brotan la paz, el amor y la misericordia, y, viceversa, del corazón envenenado manan las formas de mal (cf. Ga 5,22-25; Mc 7,21-23). La paz se fragua en el corazón, y la violencia se gesta en la mente. Para dejar caer las armas de las manos, debemos desarmar la cabeza y el corazón.

Porque Dios es Señor de la paz, no se puede apelar a Él para justificar la violencia, ya que sería como profanar su nombre. La adhesión a Dios con el corazón comporta la renuncia a Satanás, padre de la mentira y de la muerte (cf. Jn 8,44), como nos recuerdan las promesas bautismales y la Profesión de la fe. Como sabemos, los representantes de las Iglesias de Oriente han hablado contra la violencia y las amenazas, y han agradecido la iniciativa del Papa. Siempre que hay conflictos en aquellas zonas, pierden los cristianos, porque son asesinados o secuestrados, o destruidas sus iglesias, o forzados a salir de la tierra que ocupan desde hace siglos, antes que otros grupos humanos o religiosos. Es una injusticia perseguirlos por su fe y arrancarlos de su patria, a la que quieren y sirven lealmente.

Con la guerra, todo se pierde; con la paz, todo se puede ganar. La calidad humana de las sociedades y el bienestar presente y futuro de la humanidad está unido a la paz y al trabajo por la paz. La violencia engendra violencia, formándose una especie de espiral: la acción violenta provoca una reacción violenta, que a su vez enciende de nuevo la mecha mortífera de la violencia. El diálogo, inspirado por el respeto a las personas y a los grupos, aunque en su inicio deba superar orgullos que, a diferencia del amor, parecen valientes, es la vía auténtica para salir de la cadena de destrucción y muerte, en personas y en patrimonio de bienes. La guerra empobrece a los pueblos y produce heridas que tardan años en cicatrizar; la guerra daña y humilla a la humanidad. El amor es fuerte para edificar; la violencia es destructiva.

Debe ser un tribunal internacional imparcial o una conferencia de paz, no un solo pueblo, quien decida las medidas a tomar en las situaciones conflictivas y graves, ya que nadie tiene el monopolio de la justicia ni de la razón, y las causas en litigio afectan a todos los hombres de todos los pueblos.